

VIAJEROS

La lluvia yá no cae, se eleva
el frío baja la tensión y
la esfera, ahora, no es blanca
está bajo el manto oscuro,
sin luz,
abandonada.

Dos agujas sudan en el hierro,
pienso para el rendido incondicional,
el tubo recicla la imagen sintética,
rodillas sucias entre los jóvenes inertes.

El nuevo dogma reciclado,
neuronas pinchadas por hilo de acero,
la calma impasible del que siembra,
aborto en la inquietud.

Ideología truncada al servicio de la carne,
saliva y semen para la cavidad primigenia,
redondos y gemelos sobre la excitada palma,
carne flácida ungida en grasa animal.

Pelo erizado sobre el acartonado “Penhouse”,
plástico blanco sin vida,
impulso gozoso sobre el óxido
insertando su aguijón el nuevo inquilino.

Áspero hogar del pasivo,
húmedo trono marrón hueso
sudando ácido con olor a ponzoña,
bañando las bolas del consetido.

Las pupilas se expanden
oprimiendo la pureza de las sombras,
dos metros cuadrados de espejo
se convierten en seis de lánguida luz.

El espacio se hace angosto
sobre la figura ingrávida,
presionando la cabeza como cristalinas tenazas,
de cuadrado a triangulo
de triangulo a punto en un sólo plano.

Atravesando la pared,
derramando gotas sobre las estrías
el incoloro gas se torna en niño,
con los dientes partidos
en su boca sin labios,
con una melodía silbante y continua
inquietando lo acorde.

Con la vista incrédula
mira sus manos burbujeantes,
recubiertas de piel seca
como un desierto salado,
supurando química por los sangrantes poros.

La lengua extiende sus raíces
anclando todo espacio posible,
con sus frutos podridos,
es un ardiente árbol de deseo reprimido,
circular y afilado,
como un clavo atorado.

Perdida de consciencia, lugar desconocido,
hambre de carne, sed de hambre, pellejos,
cinco dedos al son de la campana,
humedad infecta de ácidos,
oleajes de miseria entre huesos quebrados,
llamas, suciedad, uñas infectas.

Hay vida en lo reseco,
comuna de ocho patas en pecado de gula,
vertiendo la desidia
por el verdoso friegaplatos.

Luz de amianto.

Temblores, sonando muy cerca,
gimiendo entre aire que agota la noche,
cuatro manos cosidas,
hilo de espectros que fornican,
para así consumirse con el último abrazo.

Paco Garzón